



# La sociedad de los raperos muertos

*José Mariano Leyva*



VEO LA FOTO DE UN HOMBRE NEGRO, perfectamente calvo y con el torso desnudo. A pesar de la ausencia de ropa, el cuerpo del hombre está saturado: tatuajes y joyas de oro. Enormes cadenas amarillas que rematan con medallas atestadas de diamantes. Grandes anillos coronados con todavía más diamantes. El hombre es un rapero, un emisario del hip hop. Adoptó el peor gusto de esta corriente cultural —más que musical—. Pero el hombre también está muerto. Lo acribillaron en su estudio hace algunos años. Es una pena: a mí me gusta el hip hop y me cae muy mal la muerte.

Decir en México que a alguien le gustaba el hip hop solía acarrear un estigma. Era difícil aceptar una propuesta ahíta de convicción en un orbe donde las propuestas musicales nacionales se regodeaban en la ironía y el humor, desde Botellita de Jerez hasta Molotov, o cuando la seriedad llegaba disfrazada de un misticismo ininteligible, como con los Caifanes. Otro origen del rechazo tuvo mucho que ver con la ubicación histórica del hip hop: una rebeldía que se encuentra más ligada a la cultura que a la gastada política solía levantar suspicacias entre militantes y activistas... políticos. Aunque también, claro, estaba ese creciente mal gusto, basado en la ostentación de muchos de los raperos de finales de los ochenta y hasta el día de hoy.

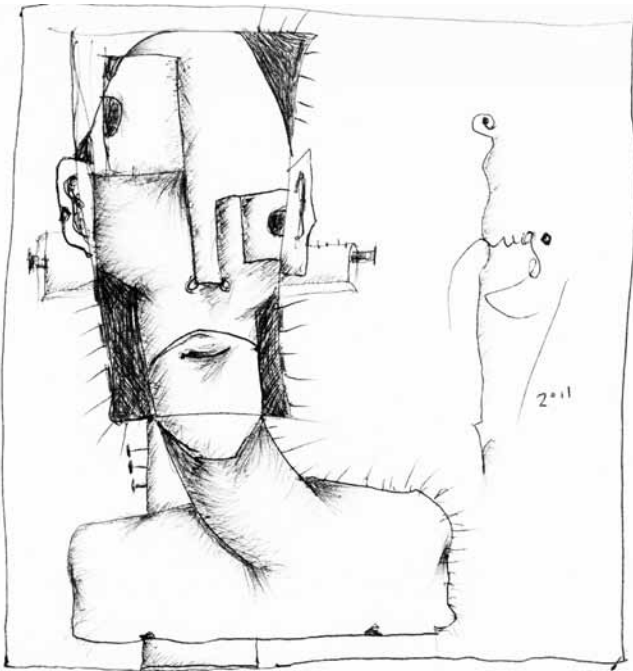


Creo que hay una relación muy estrecha entre el alarde y la violencia. Ambos adjetivos son feudo de Tánatos. Al menos, ese fue el caso para 2Pac Shakur, el rapero saturado en oro y diamantes de la foto. Si nos adentramos un poco en lo ocurrido hace más de quince años, nos damos cuenta de que las cadenas y la ostentación no son colaterales, sino centrales. A Shakur lo mataron a tiros en su estudio de grabación de Manhattan. Su muerte desató una pelea en el medio musical: la costa este contra la costa oeste. Una batalla que tuvo otras víctimas, como el inmenso rapero Notorious B.I.G., alias Big Poppa, alias Biggie Smalls, de nombre real Christopher George Latore. Una guerra que confrontó a dos sellos disqueros: Bad Boy Records y Death Row Records. Un violento enfrentamiento con saldos que han hecho millonarios a varios.

Tras la muerte de 2Pac y B.I.G., los entusiastas de Tánatos hicieron dos cosas: tratarlos como mártires y utilizarlos como marca comercial. El álbum de hip hop que más ganancias ha dado en la historia es el editado de B.I.G. después de su muerte: *Life After Death* (1997) era apenas su segundo álbum, pero al parecer una muerte bien aprovechada es preferible a una vida de creación. De la misma manera, toda una

pléyade de raperos se sirvió de estas muertes. El caso más lamentable tal vez sea el del ahora llamado P. Diddy, un ambicioso y poco escrupuloso empresario que, muy poco tiempo después de la muerte de B.I.G., sacó el álbum *No Way Out*, el grueso de cuyas canciones hacían referencia al rapero muerto o utilizaban su voz en grabaciones que no habían visto luz. No contento con el dinero obtenido por ese álbum, Diddy se dedicó a editar, uno tras otro, discos de "rarezas" de B.I.G. La palabra *zopilote* llega a la cabeza, pero suena tan poco hiphopera.

Regresemos un poco al día del asesinato de 2Pac Shakur, a los cinco disparos. El rumor era que la disquera Bad Boy le había tendido una trampa, y fue ese rumor el que desató el caos. Sin embargo, los asesinatos no terminaron de resolverse... hasta hace unos días. La revista electrónica *All hip hop* recibió una carta firmada por Dexter Isaac, un criminal desconocido para el ojo público que purga varias condenas. La carta tenía dos destinatarios: la revista y el empresario musical James *Jimmy Henchman* Rosemond. En ella se habla de una grabación que Shakur tenía, por la que Rosemond le había pagado, y que no le había entregado. Un fragmento dice:



Ilustraciones: Hugo Ramírez Rosales

Jimmy, esto te lo digo a ti: he mantenido tus secretos durante años. Jamás has sido arrestado gracias a mí. Tampoco han atrapado a ninguno de tus amigos gracias a mí. Entonces, ¿cómo te atreves a llamarme informante? He mantenido el silencio en prisión durante los pasados 13 años, aguantando la cadena perpetua como un verdadero soldado. Tú y tu gente se olvidaron de mí mientras he estado encerrado.

Y luego suelta su anécdota: “En 1994 James Rosemond me contrató para robar a 2Pac Shakur en los Estudios Quad. Me dio 2,500 dólares más toda la joyería que le robé [a Shakur], con excepción de un anillo que Rosemond quería. Era el más grande de los que tenía de diamantes”.<sup>1</sup>

Vuelvo a ver la foto del finado. Con una mano está levantando la cadena de oro más gruesa. Lo hace

<sup>1</sup> [bit.ly/n2SXJa](http://bit.ly/n2SXJa)

con tranquilo orgullo. Ignora su propio mal gusto. Ignora también su destino. El suyo, el de la cadena. En su soberbia ignora, al fin, que la ostentación de su nauseabundo gusto lo llevará a la muerte. Y para el resto, una lección que pocos desean comprender: el dinero no como activador de la cultura, sino, tal vez, todo lo contrario. Las joyas del narco y de los raperos como accesorios con los que sus dueños están convencidos de que cambiarán su estatus y serán admirados, pero que en el fondo, como el oro de la *Utopía* de Tomás Moro, los evidencian como esclavos.

### Los orígenes del mal gusto: la rabia y la creatividad

En su extenso estudio *Can't Stop, Won't Stop: A History of the Hip Hop Generation* (Nueva York, Picador, 2005), Jeff Chang propone que quienes nacimos en los setenta somos esa generación del hip hop. ¿Cómo puede alguien sentirse halagado, o siquiera bien, si pertenece a una generación determinada por personas como 2Pac, B.I.G. o P. Diddy? Más aún: ¿cómo contener las arcadas? Pero después de leer los primeros tres capítulos del libro de Chang, el sinsentido cobra fundamento: la historia del nacimiento del hip hop tiene una tintura añeja, reconfortante. Pero no es éste el típico caso de “todo pasado fue mejor”; más bien es la historia de un fracaso, de cómo las buenas voluntades se quiebran ante la tensión de la historia.

En abril de 1969, en pleno auge del enfrentamiento racial en Nueva York, el FBI dio uno de sus golpes más contundentes: arrestó a 21 miembros de los Black Panthers en Nueva York, entre ellos una mujer. Tras las rejas, esta mujer escribió una carta a sus captores. “Sabemos que están tratando de rompernos porque son incapaces de controlarnos. Sabemos que ustedes siempre intentan destruir lo que no pueden controlar”,

decía un fragmento citado por Chang. La mujer pasó dos años tras las rejas. Era madre y activista furibunda. Se llamaba Afeni Shakur, era la madre de 2Pac.

¿Qué pasó entre ese principio y aquel final, entre el activismo político de la madre y la ostentación más pueril del hijo asesinado? Pues pasó justamente el hip hop, y la educación de una generación nacida en un momento en que los precios políticos decaían y surgía la sedición cultural como alternativa; en un espacio en el que el orbe comercial se funde con cualquier tipo de rebeldía, la asimila de la peor manera. Una alternativa endeble, pero no más promisoría que la probada (y fallida) política.

El panorama después de la soberbia generacional de los *baby boomers*, según Chang, no es muy alentador: pertenecer a la generación del hip hop no es motivo de orgullo, es simplemente algo distintivo, la pertenencia a un fragmento histórico que no reluce en su heroísmo o su invectiva, que se encuentra manchado por la irremediable aceptación de lo comercial. El nihilismo como característica generacional también tiene mucho que ver. Ya desde los orígenes del hip hop destaca la desesperanza como inevitable motor: el Bronx de los sesenta y setenta estaba signado por las estrategias inmobiliarias que vaciaron el Bronx de blancos y clase media, por la llegada de puertorriqueños y negros, la proliferación de pandillas, la alianza de jefes de bandas que se alían con empresas de bienes raíces y aseguradoras, a quienes les conviene más quemar edificios vacíos que intentar volverlos a habitar. En medio de ese escenario nace el hip hop. Del Bronx para el mundo.

La intención de sanear la violencia con el arte, rehusando a la política, puede sonar repulsiva para la ironía, fútil para los intérpretes políticos. Pero en aquel barrio neoyorquino, la intención fue efectiva. Tanto, que su generalización, al cabo de los años, fue inevitable. El hip hop se alía con el reconocimiento —comercial, en muchos casos— y tiene una simiente que desea revertir la desesperanza, o intentar vivir lo mejor que se pueda dentro de ella. El hip hop era música obtenida de un entorno desencantado y furioso, una contrapropuesta cultural que incluía el graffiti, el baile de los *b-boys*, el *DJ-ing* y el *MC-ing*. No era ostentación



y muerte: iba justo contra la ostentación del narco que se había aposentado en el Bronx. Se trataba de sacar algo de vida a punta de creatividad en medio del feudo de Tánatos.

Entonces, de vuelta a íconos tan deleznable como P. Diddy, a escenarios tan asquerosos como lo sucedido con B.I.G. o 2Pac, nos damos cuenta de que son demasiados los elementos que se han vulgarizado. La original propuesta de los sampleos ha dado lugar a meros plagios de viejas canciones. Raperos como Jay-Z, P. Diddy o incluso Kanye West se han dedicado en buena medida a reciclar, modificando apenas, viejas canciones y otras que no lo son tanto: de Daft Punk, de los Smashing Pumpkins, de Lisa Stanfield. Poco que ver con el esfuerzo que implicaba la intervención de unas treinta canciones para obtener una nueva.

El día de hoy, Notorious B.I.G. o 2Pac son recordados como mitos. Jay-Z y P. Diddy son considerados la cima del hip hop. Y en ellos casi nada queda de la propuesta original, de aquel Bronx en llamas que supo revirar. Pero tal vez el grueso de la gente se siente más cómoda con la ostentación y con Tánatos. Las propuestas de la vieja escuela suenan cancinas: remiten a un activismo que no divierte y por eso no vale. Los criterios éticos se unifican y se universalizan, y entonces es hora de pensar que la generación hip hop está siendo sustituida por otra más que, estoy seguro, a pesar de tanto Tánatos y tanta ostentación, sacará algo en claro, sabrá entender que los sellos generacionales muchas veces no son motivo de orgullo y que son más o menos inevitables.

Pero el entorno comercial y asesino no entusiasma: el posible asesino de 2Pac sugiere en aquella carta que el propio Diddy no es “tan inocente” como dice respecto al crimen. Los negocios se alían no sólo con la política, sino con las maniobras asesinas. Tal vez siempre lo han hecho, pero ahora el descaro nos habla de nuevas reglas que muchos aceptan gozosos.

Llega a mi mano una revista mexicana que basa sus ventas en la misma premisa del peor hip hop. Una tras otra se secuencian fotos de figuras públicas: políticos y empresarios, sobre todo. Ahí no hay enormes cadenas de oro ni groseros y burdos anillos, pero la intención permanece incólume: el mal gusto vendido como buen gusto, la creencia de que por abarcar mayores geografías se diluye la pequeñez cultural. Veo al final de la revista una nota: Jay-Z le compró a Beyoncé una isla por 20 millones de dólares. La revista se regocija. El lector más común añora. El editor se frota las manos. A mí me da tristeza. Lo que Jay-Z compró no es una isla en el Caribe, es un cuarto paupérrimo en el Bronx atestado de bandas. ■

